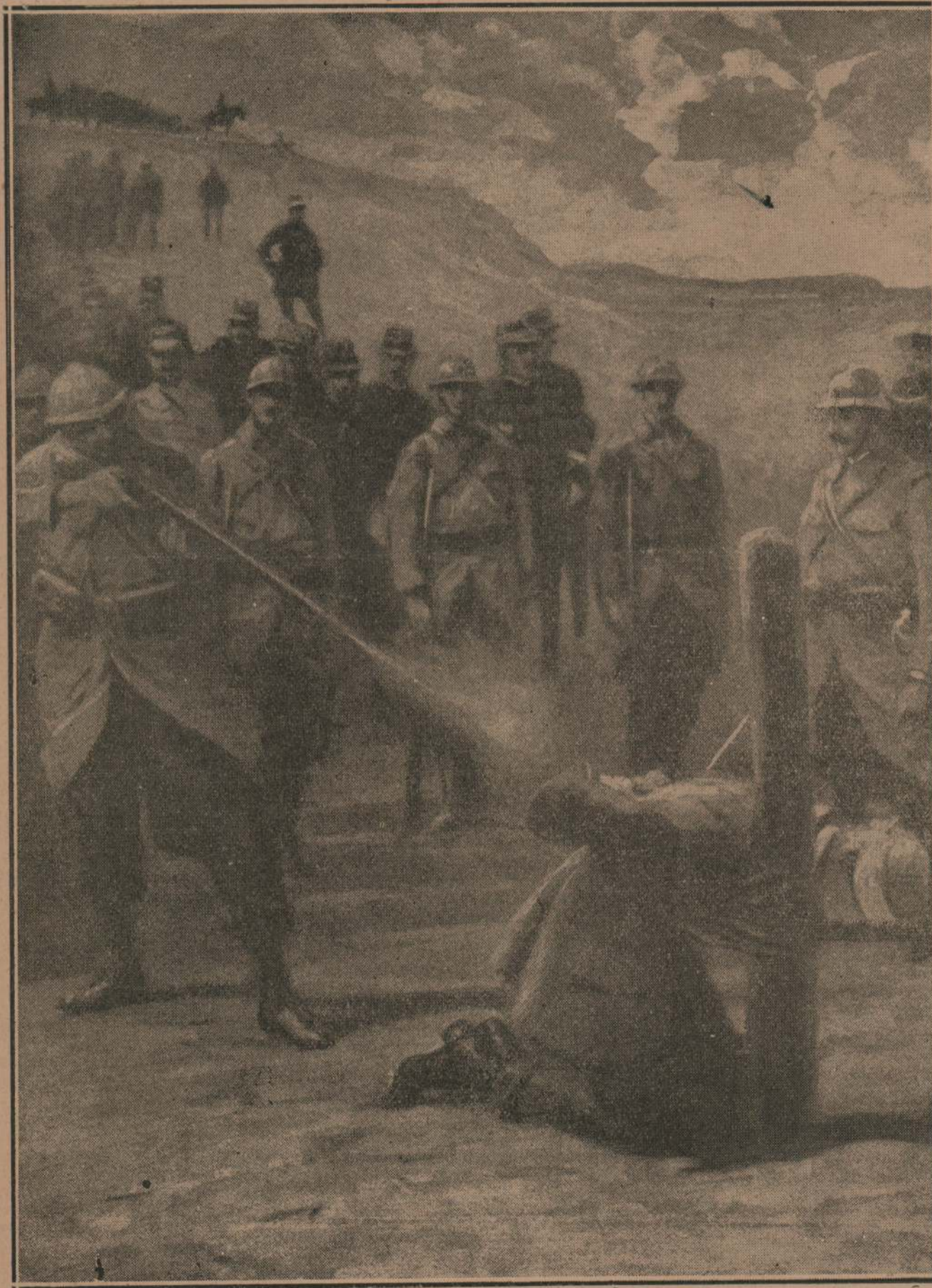


La verdadera comisión de ingenieros franceses en el Ruhr

Fusilamiento de un héroe en Golzheimer (Dusseldorf)



El comerciante alemán Alberto Leo Schlageter, acusado de sabotaje por el Consejo de Guerra francés, fué condenado a muerte. En el momento de la ejecución, Schlageter quiso morir de pie, negándose a que se le vendaran los ojos. Nada de esto le fué concedido. El infeliz fué obligado a ponerse de rodillas, siendo fuertemente atado a un poste. Así fué ejecutado. Pero las balas de los doce soldados franceses no fueron certeras, hiriendo solamente a la víctima. Los oficiales franceses se entretenían en contemplar su obra, gozando con los sufrimientos de Schlageter. Cuando el sacerdote alemán que asistía al acto, conmovido e indignado contra tan inhumano proceder, quiso formular algunas observaciones, por toda contestación, un oficial francés ordena que nuevamente sea puesto de rodillas y dando la espalda el desgraciado héroe. Después dió la voz de mando para que las tropas negras descargasen sus fusiles para ultimarle. Este pobre mártir había sido oficial del heroico ejército alemán. ¿No sería este su verdadero delito? ¡Este hecho se realizó en plena paz!

Arturo Dorner

Escribimos estas líneas bajo el dominio de la más profunda emoción.

¡Arturo Dorner el caballero sin tacha y sin mancha, el noble y leal amigo ha muerto!

Era un hombre bueno, de generosos sentimientos franco, sincero y caritativo sin ostentación.

Era el tipo genuinamente germánico caballeresco y austero, con una rectitud de carácter y una altura moral que inspiraba el respeto y la consideración a todos los que lo trataban.

Aquel hombre de recia contextura moral, tan firme en sus convicciones y en sus creencias de un exterior tan severo tenía un alma de niño llena de nobles ideales y un corazón puro pleno de hidalgos sentimientos.

Era ecuananime en sus juicios y tolerante, sinceramente tolerante, para juzgar los errores ajenos.

Amaba a su patria la grande e infortunada Alemania con verdadera pasión y los crueles e injustos sufrimientos impuestos por un enemigo tan arbitrario como despiadado llenaron su alma de amargura.

Consciente de su misión en la vida había hecho una religión del trabajo y un templo de su hogar: Fué un esposo cariñoso y un padre ejemplar.

Su recuerdo será imperecedero en el corazón de todos sus amigos que sentían por él un profundo afecto.

Descanse en paz el bueno y noble amigo.

Reciban sus inconsolables deudos nuestro más sentido pésame y que la resignación lleve a sus corazones de bálsamo del consuelo que mitigue su intenso y justo dolor.

Un juicio imparcial

En el semanario holandés «*De Haagsche Post*», periódico de gran circulación, el conocido poeta neerlandés C. P. van Rossum, durante la guerra un declarado germanófilo, escribe lo siguiente: «Seamos sinceros. La guerra hizo perder el equilibrio a muchos de nosotros. Vociferábamos y gritábamos insensatamente en contra de uno y en pro de otro. Ha pasado la psicosis peligrosa y ha vuelto la tranquilidad, nos ocupamos en nuestros quehaceres y analizamos nuestros sentimientos y exageraciones. Nuestra sensatez reclama sus derechos y nos castiga con la sola palabra: ¡idiotas! Fuimos apasionados despreciadores de los alemanes, los pintábamos como

Francia es la que, por codicia y rencor, ha impuesto las mayores injusticias del Tratado de Paz. Temerosa de su obra, y para sostenerla, procura imposibilitar el resurgimiento de Alemania.

hunos y bárbaros, venerábamos a la «*douce France*», y cuando nuestro entusiasmo aumentaba aún más, decíamos: Cada uno tiene dos patrias, la suya y Francia. Para nosotros se hallaba la justicia toda entera en un lado y la injusticia en el otro. Los franceses nos parecieron los representantes ideales de la humanidad, los alemanes los hijos del diablo...

A los franceses los habíamos introducido en la grande novela moderna como figuras caballerescas. ¡Cuántas veces decíamos: cuando hayan vencido, enseñarán al mundo cómo se comporta un vencedor verdaderamente civilizado. Entretanto vencieron, entraron en país pacífico, ocuparon territorio conquistado y podían haber da-

do al mundo un excelente ejemplo de caballerosidad y humanidad. ¿Y, el resultado? Que toda la historia de la ocupación clama al cielo, que la fama de la noble y caballerosa Francia es una leyenda, que supo vencer pero que no ha sabido mostrarse digna de la victoria.

Porque lo que pasa aquí en Alemania es realmente horrible. Arrogancia francesa, terror francés, militarismo e injusticia francesas se expansionan allí a expensas de Alemania. Podemos hacer caso omiso de las denegaciones francesas, puesto que aquí se trata de hechos. La prueba más convincente son los sentimientos de la población. Por doquiera se maldice a los franceses. También la mano anglosajona, pesa; pero siempre queda la mano de un caballero. El puño francés aprieta y oprime, porque es el puño de un vencedor brutal.

Se excusa comentar estas palabras de un neutral.

Quiénes perturban la paz del mundo

En diversas ocasiones Alemania ha propuesto a los aliados el nombramiento de un tribunal internacional que estudie su situación económica, determine los límites de su capacidad y fije, de una vez por todas, las cantidades que debe pagar por reparaciones.

Siempre ha sido Francia la que se ha negado a aceptar esas proposiciones y ha hecho fracasar todo intento de sus aliados para llegar a esa solución de justicia.

Transcribimos a continuación algunos notables párrafos del discurso pronunciado ante la Asociación de la Prensa Alemana por el señor Cuno, que prueba lo que dejamos expuesto, poniendo a la vez en evidencia algunos de los censurables procedimientos de los franceses en los territorios invadidos.

Después de ocuparse de las notas pa-

Durante la guerra hubo comisiones de neutrales que inspeccionaron los campos de concentración y que atendieron a que los prisioneros fuesen tratados humanamente. Hoy día, empero, en plena paz, no se mueve en el mundo entero ni una sola mano para aliviar la suerte de los desventurados mártires alemanes que soportan los martirios del militarismo francés.

sadas al gobierno francés proponiendo seguir el camino de negociaciones basadas en *mutua franqueza, honradez y equidad*, y que fueron contestadas negativamente en forma brusca por Mr. Poincaré, el señor Cuno se expresa así:

«Al complementar la nota del 2 de Mayo, nos hemos limitado estrictamente a las dos cuestiones que eran comunes a las respuestas de los Aliados: el montante de la oferta y la fijación de las garantías económicas. Tanto más dispuestos nos hallábamos a toda modificación de la oferta sin separarnos de la línea recta de nuestra política, y tanto menos podíamos lograr tasar en cifras nuestra capacidad, debido entre otras cosas al progresivo anquilosamiento de nuestra energía financiera y económica, resultante del ataque de que es víctima en el Ruhr. Aquel que desee una solución real del Problema de las Reparaciones ha de pensar más en las cifras que en las promesas. Ya hemos experimentado demasiadas veces, y nuestros acreedores lo han experimentado también con nosotros, que las promesas de pago hechas bajo la fuerza y las amenazas, conducen siempre a nuevas confusiones. Por esto es necesario seguir en la cuestión de capacidad»

el método de los buenos comerciantes

y no por razón de gusto personal, sino simplemente porque este método es el único que considera el Problema de Reparaciones en sí y no entendiéndolo de abusos para fines políticos; porque es la norma que despierta confianza y la conserva, y porque precisamente por esto es provechoso para la política exterior. Consecuentes en este parecer, hemos recordado en el memorándum que la cuestión de la capacidad alemana no es asunto de obediencia ni de

arbitrio, sino producto de una reflexión madura. Tenemos la convicción de que en el extranjero se exagera nuestra capacidad. Nuestros rivales mismos lo reconocen así al relegar a segundo término la idea de grandes empréstitos. Pero si ha de haber disparidad de criterios,

un tribunal internacional

e imparcial puede decidir: un tribunal que para su veredicto investigue objetivamente y no dejándose llevar de simpatías o antipatías políticas, y que base su sentencia en aquel derecho que se concedió a Alemania en el Tratado de Versalles, y acerca del cual le dieron previa y solemnemente garantía los aliados; en aquel derecho, digo, según el cual la suma de reparaciones que ha de hacer Alemania ha de hallarse dentro del límite de su capacidad y medios accesorios, y que sostiene las organizaciones societarias, económicas y financieras de una Alemania que se esfuerza sinceramente por dedicar todas sus energías al cumplimiento de las reparaciones. En la fijación de garantías, hemos llegado al límite de lo posible, en el convencimiento pleno de que en cuanto se legre a hacer de cierto modo compatible el plan de deudas de reparaciones con la capacidad de Alemania,

todos los alemanes,

patronos u obreros y ricos y pobres, estarán dispuestos a ofrendar parte de su propiedad, de su trabajo o de sus ingresos en aras de la libertad íntegra y del bienestar de las generaciones venideras; que cada cual por su parte ha de imponerse sacrificios y tomar sobre sí cargas para que no pesen fardos sobre el futuro de la patria.

El explícito reconocimiento de la obligación de reparaciones que hacemos en nuestro memorándum se comprueba con las entregas que hasta hoy ha verificado y aún hoy mismo verifica Alemania. Son ya conocidas las cifras que fijamos nosotros: las entregas de existencias en almacén, de producción corriente y de pagos en efectivo importan hasta fines de 1922 = 42 ¼ millones de millón de marcos oro en redondo. Añadiendo a esta suma las entregas sucesivas, por el procedimiento de compensación, para gastos de ocupación y comisiones, y para restituciones, sustituciones y demás, resultan

45 millares de millón de marcos oro.

Caso de que nuestros contrarios discutan la base y el montante de estos factores, nos parece también muy conveniente someter este asunto a juicio de una comisión internacional de peritos. La torrencial de las entregas alemanas no cesa aún hoy de correr: en los cinco primeros meses de este año hicimos entregas en especies valoradas en 100 millones de marcos oro, y las entregas de otro género que verificamos durante el mismo lapso de tiempo equivalían a 50—60 millones. Teniendo además en cuenta las múltiples diligencias que llevamos a efecto para poder trabajar en la reconstrucción de los territorios devastados, nadie que sea sincero y no obcecado podrá dejar de reconocer la buena voluntad con que Alemania oficia.

Ya hemos dado el nuevo paso. Ahora va a hablar el Mundo. ¿El ha de decir si desea paz y reconstrucción o si quiere destrucción y guerra!

Ahora nuestra tarea es clara y sencilla. Consiste principalmente en que el territorio que está ocupado se conserve unido fuertemente con el que no lo está, y en que cada cual por su parte obre como si sobre él recayera la responsabilidad de toda la patria. Ya sé cuánto pretendo con esto, y sé también cuánto soportan el Rin y el Ruhr diariamente y a todas horas.

Saludamos la memoria de los trabajadores de la casa de Krupp y la de aquel joven alemán que hace pocos días despreció heroicamente la vida; más de cincuenta alemanes recibieron muerte de la mano armada de las tropas de ocupación. Muchos cientos sufren en las cárceles, víctimas de sentencias injustas, revestidas con ropaje de legalidad, y que culminaron en los veredictos de Maguncia contra obreros y empleados, y en los de Werden contra Krupp y sus colaboradores. Solamente contra funcionarios y empleados públicos han recaído condenas de prisión de 450 años. 50.000 alemanes funcionarios, empleados,

patronos y obreros de todos los oficios, hombres, mujeres y niños de la más tierna edad, ancianos y ancianas de más de 80 años, han tenido que abandonar desde el 11 de Enero su hogar y su patria; los nexos naturales de la familia, la profesión y la economía han sido rotos; vejaciones y prohibiciones de índole monstruosa pesan sobre una población de doce millones de personas que permanecen en haz cerrado pese a lo difícil que les sea no perder la serenidad y la cordura. Esto, señores y señoras, no sucede en Armenia ni en otra región cualquiera a donde la Europa culta tiende los ojos considerándose obligada a llevar su ayuda; esto sucede en el Rin, en el corazón de Europa, en el río que desde tiempos de los romanos es la vena cava de la civilización europea.

Sangre de nuestra sangre tienen los hombres que sufren esto, no sólo por la libertad de su patria chica, sino por nosotros y por toda Alemania. Sufren no sólo soportando, sino defendiéndose y batallado al mismo tiempo por el Derecho contra el desafuero y la prepotencia. Una corriente cálida de voluntad viene de ellos a nosotros y va de nosotros a ellos. Nues-

El verano pasado en Wiesbaden, hasta los gastos de las carreras, y de los caballos que fueron de Francia para participar en ellas, han sido considerados entre los más necesarios del ejército de ocupación.

tros hermanos todos del territorio ocupado tienen que saber que nosotros, pueblo y gobierno, les estamos agradecidos en lo más hondo de nuestra alma, y que todos queremos hacer cuanto sea posible por aliviar su suerte, aunque resulte pequeña nuestra ayuda, ya que el poder extranjero nos impide a menudo llevarles socorro. Pero de lo que tienen que estar sobre todo persuadidos nuestros hermanos, es de que no hemos de ejecutar nada que entorpezca su perseverancia en esa defensa del buen derecho que del fondo del alma popular brota cada vez que se la hace víctima de una injusticia, y se alza con una nueva llama. Llama que ningún gobierno prende y que ninguna superioridad puede apagar fácilmente. No seríamos dignos de la patria ni de la libertad si abandonásemos y no ayudásemos con todas nuestras fuerzas a recobrar patria y libertad a aquellos que en noble lid la perdieron por su patria y su libertad que son las nuestras.

Queremos Paz

y ahora, como siempre, estamos dispuestos a ir al encuentro de nuestro vecino occidental cada vez que se trate de garantizarla recíprocamente. Efectuamos el pago, por oneroso que sea, de reparaciones hasta el límite de lo posible, porque tal es nuestra obligación y porque queremos la libertad de las tierras del Rin y del Ruhr. Quiero ahora declarar pública y solemnemente que por ningún precio venderemos a nuestro país en el Rin ni en el Ruhr, en el Mosela ni en el Saar; que por nada dejaremos mermar el derecho que Prusia y los otros Estados confederados tienen a esos territorios. Estoy persuadido de que al hacer esta declaración me unifico con todos los partidos políticos y con todas las clases sociales del pueblo alemán, con el gobierno de Prusia y la representación del país — ayer mismo hizo solemnemente una declaración idéntica el presidente del consejo de ministros de Prusia — y con todos los demás países de la Confederación. Alemania sabe el valor de «libertés germaniques», de las «libertades alemanas» de Luis XIV y sus sucesores. Al comulgar en estas ideas de la unidad indisoluble entre el Imperio y el Rin y el Ruhr y el Imperio, nos sabemos también de acuerdo con el concepto ancestral de Derecho y Moral que alienta en el alma de los pueblos. ¿NO SERÍA HACER BEFA DEL CONCEPTO DEL DERECHO, NO SERÍA ENLOJAR DE MANERA INDELEBLE A TODOS LOS PUEBLOS QUE REVERENCIAN LA MEMORIA DE QUIENES MURIERON DEFENDIENDO SU LIBERTAD, PERMITIR QUE HOY SE DISPONGA DE 12 MILLONES DE SERES COMO DE

un vagón de mercancías?...

La cultura alemana

No vamos a referirnos en este artículo a la cultura intelectual del pueblo alemán, porque ya es bien conocida de todo el mundo.

Sabemos que Alemania es la nación que tiene menos analfabetos (puede decirse que no existen) y la que cuenta con el mayor número de Universidades, que sus métodos de enseñanza han servido de modelo a todo el mundo, y que también es la nación que brinda a la humanidad el mayor porcentaje de sabios y hombres de ciencia en todos los ramos del saber humano.

Vamos a referirnos a hechos producidos en nuestro país que demuestran elocuentemente la existencia de una cultura superior.

La guerra se hallaba en todo su apogeo, la metralla barría los campos europeos; una ola de destrucción y de muerte parecía querer arrasarlo todo; la propaganda tendenciosa de los aliados, dueños de los cables y de la mayor parte de la prensa mundial, había logrado, a fuerza de falsedades, calumnias e insultos, concitar todos los odios hacia Alemania.

Las listas negras, ese infame instrumento de extorsión, sin precedentes en la historia, habían logrado amordazar a todos los hombres de labor, siendo contados los que se atrevían a exponer sin temores sus ideas, seguros de que se le cerrarían todas las puertas del trabajo y se le arrebataría el pan del hogar.

El procedimiento de los aliados era cruel e inhumano, impositivo y brutal. La libertad de pensamiento era un mito, no existiendo el menor respeto por los fueros de la conciencia. Esto se hacía en todas partes sin consideración de ninguna especie, en los mismos países neutrales.

En las casas de comercio de los aliados y de neutrales, ya por propia voluntad o por imposición descarada, se arrojaban a la calle, exponiéndolos a la miseria y al hambre, a todo jefe, empleado superior o subalterno, sin tener en cuenta sus servicios, su antigüedad ni su nacionalidad, siempre que fueran hijos, nietos o simplemente parientes de alemanes o austriacos. En muchos casos bastaba solamente tener un apellido de origen germano para ser víctima de la indigna venganza. Esos mismos empleados no podían entrar a casas de comercio alemanas ni tener trato ostensible con alemanes, so pena de destitución.

Podríamos relatar casos estupendos sucedidos en nuestro país, pero no es ese el objeto de estos comentarios.

Lo que deseamos es hacer destacar clara y precisamente el contraste de este proceder con el que observaron los alemanes.

En efecto, en las más importantes casas alemanas de nuestra patria, que figuran en primera línea en nuestro comercio, ningún empleado fué molestado para nada.

Todas esas casas sin excepción contaban y cuentan con un gran número de empleados uruguayos.

A nadie se le preguntó cómo pensaba.

Muchísimos de esos empleados no tenían reparo alguno en hacer alarde de sus ideas ante sus mismos jefes, concurrían a las numerosas y bullangueras manifestaciones aliadas, y jamás se les hizo observación ninguna.

El que estas líneas escribe oyó más de una vez de boca de muchos alemanes palabras como las siguientes:

Nosotros creemos que cada uno tiene el derecho de pensar como le parezca; nuestros empleados tienen plena libertad de pensamiento y de acción, son respetados y pueden obrar como quieran siempre que cumplan fielmente con sus obligaciones; nosotros deseáramos que se nos comprendiera y que nuestros adversarios pensarán y procedieran del mismo modo. Además residimos en un país extranjero, que nos ha brindado su hospitalidad, y estamos obligados a respetar sus leyes y la libertad de pensamiento de sus hijos.

Lo que dejamos expuesto es absolutamente verídico y podemos probarlo en cualquier momento.

No hay más que interrogar a los empleados de aquella época de casas de la impotencia de Staudt y C., Eugenio Barth y C., Clausen y C., Ernesto Quinke, Lahun y C., Kropp y C., Dornar y Berneitt,

Ribereña del Plata, F. Clarfeld y C^o, y muchas otras que figuran entre las principales de nuestro comercio.

Estos hechos, que se han reproducido en otros países, demuestran en forma elocuente la cultura, el espíritu de tolerancia y la ecuanimidad de juicio que distingue a la colectividad alemana de nuestra patria y que son condiciones generales en el pueblo alemán, como han tenido oportunidad de experimentarlo la mayor parte de las personas que han viajado por Alemania.

Es un acto de justicia hacerlo constar así, ya que en forma tan desconsiderada han sido tratados en los tiempos de la guerra los bárbaros alemanes.

Al César lo que es del César, y...

Cuáles son los verdaderos perjuicios de guerra de Francia

En el «Politiken» de Copenhague del 10 de Setiembre del año actual el ilustre Profesor Wieth-Knudsen expone el conjunto de los daños ocasionados por la guerra en los 10 departamentos devastados del Norte de Francia. Por esa clara y elocuente exposición se verá cuán exageradas son las pretensiones francesas y cuánta injusticia hay en las actuales exigencias de Mr. Poincaré.

I

Es excesivamente difícil hacerse una idea de los perjuicios económicos causados por la guerra, y especialmente en lo que concierne a las provincias devastadas del Norte de Francia, no solamente porque en ninguna parte, no siendo en Francia, se han hecho investigaciones tan prolijas y objetivas sobre el particular, sino también y sobre todo porque los informes, que da Francia, aparecen en varios casos poco seguros, poco claros y contradictorios. Ya en el curso de las negociaciones de paz se oyó nombrar por los franceses la cifra de 200 millares de millón de francos, lo que en aquel entonces correspondía a un valor oro de 100 millares de millón cuando menos. De cualquier modo que fuese, no le era fácil a un economista darse por satisfecho con las razones que se aducían en apoyo de tales números. Según los franceses, 33.000 kilómetros cuadrados (repartidos entre las 10 provincias) habían sido perjudicados por la guerra. Si el territorio total de Francia, antes de la guerra era de 536.000 kilómetros cuadrados, los 33.000 de referencia equivalían al 6 % de la superficie total. De modo que aún admitiendo que si las partes ocupadas en las 10 provincias hubiesen sido asoladas totalmente — tanto desde el punto de vista de la industria co-

Si Francia ha sido salvada con los ejércitos del mundo entero, el mundo entero presencia ahora angustiado y con mil desengaños los procederés injustos e inhumanos de Francia.

mo del de la Agricultura—, y concediendo que esas regiones eran de las más ricas y que tenían antes de la guerra 4 millones 400.000 habitantes; admitiendo todo esto, decimos, no se llegaría más que al 12 % de toda la fortuna nacional. Los economistas y estadistas franceses más reputados avalaban antes de la guerra dicha fortuna nacional alrededor de 250 millares de millón de francos oro; de modo que atribuyendo el máximo de 12 % a las regiones arruinadas de las 10 provincias ocupadas parcialmente, se obtiene cuando más 30 millares de millón de francos oro para el conjunto de los valores mobiliarios e inmobiliarios existentes allí antes de la guerra. Esta suma representa, por tanto, el máximo de lo que se hubiera tenido que gastar, si, vamos a suponerlo, el año 1914 se hubiesen podido comprar los 33.000 kilómetros cuadrados de las 10 provincias enteras con todo lo que contenían, personas exclusive. ¿Cómo se explica, pues que la reconstrucción de las regiones devastadas de ese territorio hayan podido evaluarse en cien millares de millón de francos oro?

En el curso de los cuatro años transcu-

rridos desde la conclusión de la paz he hecho a menudo esta pregunta en público y a personas conocidas mías; pero nadie me ha contestado. Por esto es por lo que decidí este verano irme a Francia para estudiar sobre el terreno la situación desde los puntos de vista práctico y estadístico. El resultado de mis pesquisas es lo que trato de exponer a mis lectores en los dos informes que se insertan a continuación. Si estos informes parecen extremadamente concisos ello se debe a que el deseo de permanecer absolutamente imparcial no solamente me ha impedido hacer juicios de ningún género — y aún pudiera añadir que acerca de este delicado particular no tengo prejuicio alguno — si no que ni siquiera he deseado influenciar en ningún sentido ni sobre nadie; ya que ni propongo, ni impongo. Expongo y nada más.

II

Según la estadística oficial elaborada en Francia por su Ministerio de Agricultura, la superficie agrícola asolada en las 10 provincias ocupadas (Nord, Pas de Calais, Somme, Oise, Aisne, Ardennes, Marne, Meurthe-et-Moselle, Vosgos) era alrededor de 25.000 kilómetros cuadrados; es decir, una superficie de la extensión de Jutlandia. El Ministerio de Agricultura señala tres zonas de acuerdo con el grado de destrucción en que se hallaban en el momento de la paz. Se denominan estas zonas roja, amarilla, y azul.

La zona roja comprende los terrenos cuyo grado de destrucción es tal, que no vale la pena repararlos para hacerlos de nuevo cultivables. La superficie de esta zona es de 1.750 kilómetros cuadrados, lo que corresponde a la extensión de Laaland-Falster. Sin embargo se arreglarán 1.200 kilómetros cuadrados de esta zona y se volverán a cultivar como antes; solamente 559 kilómetros cuadrados absolutamente inutilizables serán expropiados por el Estado. Dichos 559 kilómetros cuadrados representan los antiguos emplazamientos de trincheras y alambradas. Los otros 1.200 kilómetros cuadrados de esta zona roja se encontraban en la línea de fuego y la zona de combate. La artillería ha removido de tal modo la tierra, que para hacerla cultivable había que gastar mucho más de lo que vale. Quizá parecería extraño que la superficie totalmente devastada no sea más que la centésima parte del total de las regiones damnificadas, la milésima de toda la superficie de Francia, y la centésima y media de su extensión cultivable. Sin necesidad de datos estadísticos era por otro lado fácil adivinar que la superficie destruida hasta el punto de convertirse en inutilizable de los departamentos del Norte de Francia no podía ser mucho más dilatada que la que ahora indica la propia estadística francesa.

Paseando la vista por el mapa de la guerra vemos, en efecto, que la extensión total de la línea permanente del frente alemán desde el Paso de Calais hasta los Vosgos tuvo que ser en números redondos de 500 kilómetros. Vamos a conceder que — como se pretendió durante la guerra — la línea del frente tuviese en todo su largo una profundidad de 10 kilómetros. Calculemos ahora por término medio tres emplazamientos de trinchera con una cintura de alambradas de 50 metros. Todo ello no hace más de 450 metros de trincheras y alambradas en un frente de 500 kilómetros; es decir, 250 kilómetros cuadrados de territorio enteramente e «irreparablemente» devastado. Suponiendo que se hicieran las mismas obras en los frentes aliados y haciendo el cálculo anterior, — llegaremos a la conclusión de que existe un total de 500 kilómetros cuadrados de terreno absolutamente inutilizable (probablemente para siempre). La estadística francesa indica la cifra de 550 kilómetros cuadrados. No se puede pedir mayor concordancia entre nuestras suposiciones estadístico-extratéticas y la realidad vista y aprobada sobre el terreno. La zona roja comprende por otro lado, y como ya lo hemos dicho, 1.200 kilómetros cuadrados de terrenos cultivables que fueron destruidos por el fuego de la artillería, las galerías de minas y las explosiones; pero, que deben tornarse productivos y pueden serlo si se llevan a efecto los sacrificios necesarios. Estas tierras — que, por cierto son poco fértiles — están ya cultivadas en gran parte.

Mucho más extensa y de mayor importancia en lo que concierne a los daños de guerra y el problema de la reconstrucción es la zona amarilla, que por el momento puede considerarse semidestruida en lo referente a las construcciones y su empleo e instalación; en tanto que el terreno en sí ha sufrido, como es natural, mucho menos y que, en todo caso, sólo en determinados sitios ha experimentado daños durables. Esta zona comprende (siempre de acuerdo con los datos del Ministerio de Agricultura) una superficie de 12.973 kilómetros cuadrados, lo que equivale a la extensión de todas las islas danesas, o, al 2 % largo de la superficie total de Francia y al 3 % de su suelo cultivable. Es naturalmente muy difícil comprobar el grado real de destrucción en esta zona, y más difícil todavía fijar de manera equitativa una suma razonable de indemnización y el modo de llevarla a efecto... Más ya volveremos a tratar este punto de la cuestión.

Finalmente existe la zona azul, en la que, según los datos franceses, las devastaciones no han revestido más que escasa o escásima importancia. Esta zona comprende 10.621 kilómetros cuadrados; es decir, un territorio algo más extenso que Seeland, Laaland-Falster y Bornholm (pequeñas islas danesas).

El valor de todo el terreno agrícola ocupado podía calcularse el año 1912 en 7 millares de millón de francos oro.

Para hacer más completo mi informe, he de añadir que los datos del Ministerio de los Territorios Libertados son distintos de los del Ministerio de Agricultura. Según aquella primera zona; es decir, aquella en que la reconstrucción costaría más de lo que vale el terreno, comprende 1.166 kilómetros cuadrados; la segunda zona, que requiere importantes trabajos de reconstrucción, 15.000 kilómetros cuadrados; y, finalmente, la tercera zona donde sólo hay que efectuar tareas de destrozo, 17.000 kilómetros cuadrados. Calculando con cualesquiera de esas diversas cifras se obtiene prácticamente el mismo resultado con tal de que se opere con exactitud. Claro está que es imposible obtener una exactitud absoluta; pero bastante es, y sobrado, que los dos cálculos sólo arrojen una diferencia de 5 %. Seguimos en sus líneas generales las evaluaciones del Ministerio de Agricultura y de Michels referentes a «Los daños de guerra y la reconstrucción de las regiones libertadas» que se publicaron en el «Bulletin de la Société de Statistique de Paris».

III

Además de las devastaciones que quedan expresadas a) Devastaciones de tierra cultivadas de los territorios ocupados, tenemos aún, b) las destrucciones de construcciones agrícolas; c) las destrucciones de ciudades y aglomeraciones urbanas; d) destrucción de fábricas y talleres; e) destrucciones de toda clase de bienes mobiliarios; f) destrucciones de minas; g) y destrucciones de ferrocarriles, caminos y canales).

b) Antes de la guerra había en los territorios ocupados de Francia alrededor de 200.000 propiedades raíces grandes y pequeñas, cuyas construcciones tenían en 1914 un valor equivalente a poco más o menos, 2 millares de millón de francos oro, (como quiera que no podían ser vendidas ni explotadas sin los terrenos anexos, su valor locativo real de un millar de millón — basado en el valor de venta — no puede equitativamente ser tomado aquí en cuenta). La mitad de estas construcciones puede considerarse destruida, ya total, ya parcialmente.

Poseemos datos más precisos en lo que concierne a las ciudades y aglomeraciones urbanas de los territorios ocupados y libertados. Existían antes de la guerra 1.200.000 construcciones urbanas, en números redondos. De ellas 824.000 han sido damnificadas en distinto grado por la guerra.

Totalmente destruidas	313.000
Perjudicadas gravemente	168.000
Perjudicadas parcialmente	265.000
Con pequeños daños	78.000
Total	824.000

El grado medio de destrucción de las construcciones urbanas en el Norte de Francia puede ser avaluado aproximadamente y sin temor de equivocarse por mucho, en 50 %. El valor correspondiente a

estas construcciones se tasaría el año 1914 en 9 millares de millón de francos oro. (El valor de venta, calculado de conformidad con el rédito de alquileres de instalaciones y viviendas no era más que de 4.9 millares de millón).

Si para las rúbricas a, b, y c tomamos la avaluación de 1914 (rectificaremos solamente para los apartados d y e) obtenemos la tabla siguiente de los valores existentes el año 1914 en las zonas devastadas del Norte de Francia.

	Millones de francos oro
a) Terrenos agrícolas	7.000
b) Construcciones agrícolas	2.150
c) Construcciones urbanas	9.300
d) Fábricas y talleres	5.000
e) Material inmueble de los mismos	750
f) Bienes muebles	2.500
Total	27.500

Estos 27 y medio millares de millón representaban, pues el año 1914 el máximo de la fortuna privada en los territorios ocupados. Se puede tomar como mínimo el valor de venta de todos esos bienes que se elevaba, poco más o menos, a 18 millares de millón. Si se añade a ese máximo el valor de las minas, ferrocarriles y caminos y el de la propiedad fiscal, no se obtiene en ningún caso más de 30 millares de

El problema de Alemania es el problema de toda la Europa y en gran parte de toda la economía mundial.

millón de francos oro, suma en que al principio de este informe avaluamos nosotros lo que representaba, poco antes de la guerra, la totalidad de la fortuna nacional (provincial) de los territorios devastados.

Pues bien; el mes de Febrero de 1921 el gobierno francés entregaba a la Comisión de Reparaciones la siguiente tabla de indemnizaciones que reclamaba por las devastaciones llevadas a cabo durante la guerra en estos territorios y en estos distritos:

Valor de los bienes damnificados

en millones de francos (en 1914)

a) Terrenos agrícolas	8.129
Terrenos forestales	764
Pesquerías	42 8.935
b) Construcciones agrícolas	1.033
c) Otras construcciones, etc.	6.423
d) Fábricas y talleres	5.312
e) Bienes muebles	5.216
f) Minas	1.073
g) Ferrocarriles	924
Total	29.516

La avaluación de los daños calculados sobre la base del valor en 1914 se elevaba, por tanto a 29 y medio millares de millón de francos oro; es decir, que representaba el máximo de toda la fortuna nacional en todos los territorios devastados. Esto que es tan extraño pudiera explicarse diciendo que el cálculo se ha hecho por lo más alto; lo cual, hasta podría defenderse. Pero lo que es difícil de explicar, lo que es indifendible y sumamente interesante es cómo el gobierno francés ha podido exigir el mes de Febrero de 1921, 122 millares de millón de francos, por lo que en Agosto de 1914 sólo valía 29 millares y medio de millón.

Las reparaciones y la solidaridad humana

El importante diario sueco «Svenska Dagbladt» en su número del 27 de Agosto del corriente año publica el notable artículo que a continuación transcribimos, del famoso profesor de economía política Gustavo Cassel, que viene a confirmar la tesis que sostenemos con la propaganda de nuestro periódico.

«De diversos orígenes se manifiesta de cuando en cuando la pretensión de que el resto del mundo de alguna manera se haga cargo solidariamente de las reparaciones que Francia exige de Alemania y que hasta ahora no ha podido obtener. Si tie-

ne la opinión de que todos nosotros, por estar interesados en que termine el embrollo actual, debiéramos estas dispuestos a hacer sacrificios para llegar a ese resultado.

Las ideas cristianas sobre el deber del hombre de ayudar a sus semejantes concuerdan en esto con las discusiones utilitarias sobre la necesidad del común sacrificio para obtener un bien común de indiscutible y grandísima importancia.

La política de Francia hace en efecto todo lo posible por que se propague tal concepción, y mientras todavía es posible se ha especulado con la simpatía mundial para Francia maltrecha por la guerra. En cuanto se trató de esta propaganda hubo naturalmente de tomarse como justificación moral para las exageradas pretensiones de reparación la destrucción causada por Alemania durante la guerra.

No quiero discutir aquí el valor moral que pueda haber tenido al principio la pretensión de Francia de obtener reparación por sus provincias destruidas, pues tal discusión es supérflua porque la misma Francia a causa de su actitud con respecto a Alemania y el resto del mundo ha perdido por completo el derecho que moralmente tenía ya que un acreedor que no se empeña en facilitar al deudor el pago de sus deudas apenas puede pretender apoyo o interés de parte de los desinteresados. Y la política de Francia ha sido en el caso de que nos ocupamos de tal naturaleza que directamente ha impedido a Alemania realizar sus pagos, porque no otra cosa significa el haber rechazado la colaboración del trabajo, organización y capital alemanes para la reconstrucción de las provincias destruidas, lo cual habría sido la solución natural de la cuestión de las reparaciones. El pago con los productos de la exportación ha sido dificultado en especiales derechos de aduana prohibitivos para los productos de la industria alemana al mismo tiempo que se empeoraba el balance de pagos de Alemania imponiéndole la importación de artículos de lujo franceses. Además la mayor parte de los medios de pago de que Alemania hubiera podido disponer ha sido absorbido por la acupación militar que exige gastos enormes.

Pero no ha sido bastante que Francia dificultase de esa manera los pagos, sino que además desde la terminación de la guerra ha trabajado sistemáticamente para debilitar política y económicamente a Alemania. Para ello ha atacado principalmente la base de la vida económica de Alemania, es decir, su carbón. Primero se apoderó de la cuenca del Saarre, en seguida influyó decisivamente para obligar a la funestísima repartición de la Alta Silesia y por último ocupa militarmente la

“El vecindario nos es completamente indiferente. Nosotros nos encontramos bien y no carecemos de nada. Si la población no se doblega ante mi voluntad tomaré medidas cada vez más severas hasta que me lame las manos”.

(Palabras del Gral. Laignelot comandante de la 47 División de Infantería francesa al segundo alcalde de Recklinghausen).

más importante región carbonífera que le ha quedado a Alemania, el Ruhr. Tan erróneo proceder tiene indudablemente por móvil el deseo de acabar con la gran posición industrial de Alemania, y apenas se toma el trabajo de ocultar ese fin. Día por día repite Poincaré en sus discursos, monotonos discursos, y en sus notas, que un florecimiento industrial de Alemania significa un peligro para Francia que hay que combatir a todo trance.

Sin embargo es imposible destruir la prosperidad industrial de un país sin aniquilar al mismo tiempo su solvencia. En efecto Alemania ha sido colocada en tal condición que no solo ha perdido por completo toda posibilidad de pago exterior sino que ni siquiera está en condición de mantenerse a sí misma. Las condiciones de vida de la población han descendido a

un enorme bajo nivel y a medida que el crédito y otras fuentes de ingresos extraordinarios en el extranjero se agotan empeora forzosamente el déficit en el balance de pago de Alemania en forma cada vez más tremenda, hasta el punto de conducir al hambre de la población, cosa que ya ha principiado. La instruida y culta clase media alemana, que de manera tan esencial demostraba la importancia del país, está aniquilada y la facultad de trabajo y de resistencia del pueblo se han debilitado hasta el último grado. Esto ha conducido a la completa disolución de la organización social. De nada sirve se diga que Alemania posee tales o cuales valores materiales si pierde tan esenciales valores morales.

El traframjento a que fué sometida Alemania después de terminada la guerra significa en todo y por todo su destrucción como organismo económico productor, destrucción que no es menos efectiva porque no se realice materialmente a cañonazos. La destrucción de Alemania es en realidad mucho mayor que jamás haya sido la de Francia. Y si tal cosa sucede no existe, pues motivo plausible para que Francia pretenda tener la simpatía y el apoyo de los neutrales para sus exigencias de repara-

Francia no tiene las dos terceras partes de la población de Alemania; probablemente, dentro de treinta años, breve período en la vida de los pueblos, no tendrá ni la mitad que Alemania, la cual, aún humillada, saqueada y escarnecida, continúa siendo el organismo étnico más compacto de Europa. ¿Estará el mundo con Francia el día de la revancha?

raciones. Con su manera de proceder Francia se ha enajenado definitivamente las simpatías a que pudiera haber pretendido, y si jamás tuvo algún derecho a reparaciones de parte de Alemania esta tiene hoy manifiestamente también derecho a reparaciones de parte de Francia, derecho que general y abiertamente sería reconocido si los hombres no tuvieran en todas partes la triste tendencia de inclinarse ante el poder. Aquellos que hablan de solidaridad humana para ayudar a sobrellevar las culpas ajenas debieran tratar de darse cuenta cabal de esta situación antes de establecer deberes fundados en generales premisas que en realidad son completamente falsas.

Por lo demás la política de Francia no solo ha aniquilado a Alemania sino que ha perjudicado muy considerablemente a otros países. Nosotros en Suecia hemos sufrido muchísimo a causa de esa política que continuamente empeora de manera alarmante nuestra perspectiva económica. Inglaterra ve amenazado su comercio mundial y se encuentra colocada frente al grave problema de la falta de trabajo. Por lo tanto no hay ningún motivo para considerar estas destrucciones con menor interés que las causadas por la guerra en las provincias francesas. Probablemente Francia no ha necesitado más que de algunos cientos de miles de hombres para reconstruir sus provincias destruidas, pero Inglaterra tiene durante el mismo tiempo que mantener por término medio, un año con otro, 1 1/2 millones de hombres sin trabajo. Actualmente el problema de los sin trabajos es para Inglaterra infinitamente más grave que el de la reconstrucción de lo que falta por reconstruir en Francia.

A pesar de todos estos hechos Francia quiere ahora obligar a todo el mundo a que ayude a que se cumplan las exigencias francesas de reparaciones. Exige indemnización para terminar con su trabajo de destrucción en Europa que es lo que actualmente más que ninguna otra cosa, mina la economía mundial. Ya se exige a otros Estados renuncien a sus completamente legítimos, créditos contra Francia, ya se pretende que la finanza internacional acuda a garantizar a Francia los futuros pagos de reparaciones de parte de Alemania. Según las ideas francesas la solidaridad humana no consiste en otra cosa que en la obligación en que está el resto

del mundo de sacrificarse por Francia. Y si Francia trata de apoyar sus exigencias estableciendo en Europa el dominio del terror, valiéndose para ello de tropas de esclavos africanos, entonces habrá llegado el momento para el resto del mundo de proceder enérgicamente a su defensa.

Una concepción exacta de la solidaridad humana exige ante todo que pretensiones tales como las que Francia tiene actualmente sean rechazadas, exige que se le haga comprender a Mr. Poincaré de manera bien clara, que la ayuda del resto del mundo no se obtiene por la fuerza ni con el dominio del terror.

El Tratado de Versalles

En 101 Imposiciones

Conforme lo prometimos en nuestro número anterior, iniciamos hoy la publicación de las 101 cláusulas impositivas del que ha querido titularse *«Tratado de paz de Versalles»*, y que en realidad no es más que *«el terremoto de Versalles»*, como, con singular acierto, lo calificó el ilustre economista Vicente Gay. Pero antes nos permitiremos unas breves digresiones que demostrarán, una vez más, a nuestros lectores, la falacia con que siempre procedieron todos los hombres de la «entente», indistintamente.

El 30 de Diciembre de 1916, ante el Parlamento francés, el jefe del gabinete, Mr. Aristides Briand, hablando en nombre de todos los países de la Entente, formulaba los principios de la guerra, diciendo al mundo lo que los gobiernos aliados querían. Para éstos, el fin de la guerra era la *«libertad y la independencia de todos los pueblos sobre el mismo pie de igualdad»*.

Mr. Woodrow Wilson, que había afirmado repetidas veces que era necesaria una *«paz sin victoria»*; que *«no se luchaba contra el pueblo alemán, sino únicamente contra el emperador y los representantes del imperialismo alemán»*, formulaba el 8 de Enero de 1918, en sus famosos catorce puntos, las declaraciones que constituían un solemne compromiso, no sólo de los Estados Unidos, sino también de todos los países de la «entente», que las hicieron suyas, y que debían ser compromisos solemnes para con sus enemigos y para con

Territorios puramente alemanes sobre los cuales nadie había jamás osado hablar se han atribuido por capricho de los vencedores, aún a pueblos que no saben gobernarse a sí mismo y deben gobernar ahora a los hombres más cultos de Europa. Por todas partes se ha despojado a Alemania de territorios históricos y étnicamente alemanes.

todos los pueblos de la tierra, que de buena fé creyeron que iban a ser tenidos en cuenta cuando llegara el momento de sentarse alrededor de la mesa de la paz. Agotada por el hambre, que diezmaba su población, no por el esfuerzo militar, Alemania depuso las armas cuando aquellos solemnes compromisos de la «entente» y las solemnes manifestaciones de Wilson prometían una paz justa e igualdad de trato para vencedores y vencidos.

Una ironía del destino había querido que los países de la «entente» fueran los vencedores de una guerra en la que no habían conseguido un solo triunfo militar.

Desarmada por completo, ansiosa de ver levantado de una vez por todas el inhumano bloqueo que la había reducido por hambre, Alemania se vió obligada a firmar el Tratado, en cuya redacción no se le había dado ninguna intervención, y sin que les fuera permitido a sus delegados hacer la más mínima observación. Caso sin precedentes en la historia de los pueblos. Más humanos los bárbaros de hace dos mil años; más leales, que imponían su victoria a los vencidos sin hacer alardes de derecho, de humanidad, de civilización. A veinticuatro siglos de distancia, en el país que se llama a sí mismo cuna de la Ci-

vilización, de la Humanidad y de los Derechos del Hombre, que inscribió en su escudo de armas las palabras «Liberté», «Egalité», «Fraternité», Mr. Clemenceau repetía aquel *«Vae victis» ¡guay de los vencidos!* que pronunciara su tatarabuelo el galo Breno ante las puertas de Roma.

Dice el Hon. Nitti, ex jefe de gabinete italiano, que *«hay que remontarse a los tiempos bárbaros para encontrar tratados de una moral tan baja, de un cinismo tan descarado»*. Pero, si el tratado ha sido la negación de los principios de la «entente» y una burla de las catorce cláusulas de Wilson, su aplicación ha sido una continua violación de los tratados. Tanto que el ilustre economista inglés Mr. John Maynard Keynes, que hubo de retirarse de la Conferencia, a la que fué como delegado de Inglaterra, ha podido decir *«que hay*

Desde hace más de cuarenta años no se pueden atribuir a Alemania actos de imperialismo. No dominaba sobre ningún pueblo de Europa, no se había anexionado territorio alguno, no había impuesto en los tronos príncipes alemanes ni mucho menos había invadido otros países ni obligado a los ejércitos de las naciones. libres a luchar por la gloria alemana.

pocos episodios en la historia, que la posteridad condenará con tanta razón como el de que una guerra ostensiblemente librada en defensa de la santidad de los tratados internacionales, que termina con la violación flagrante de uno de los convenios más sagrados por parte de los campeones victoriosos de aquellos ideales.»

Es que los países de la «entente» jamás lucharon por la santidad de los tratados y mucho menos aun por la Libertad, por la Civilización, por el Derecho.

El Tratado de París de 1815, que después de la caída de Napoleón I^o restablecía la paz entre la coalición europea y Francia, sólo consta de DOCE artículos. *El Tratado de Versalles tiene, en cambio, 440, además de numerosos anexos que forman parte integrante del mismo.*

El primero fué hecho, en presencia de los delegados franceses, por el absolutismo encarnado en los monarcas que formaban la Santa Alianza. Francia, que había hecho con Europa cuanto quiso hacer: que había afrentado dinastías y destruido poderes nacionales; que había arruinado haciendas; que había obligado a todos a continuadas guerras, no recibía de parte de sus vencedores otro daño que el de volver a sus límites de ante-guerra y una tolerable indemnización. No limitado su armamento, no obligada a restricción de ningún género, no intervenida, al día siguiente de su derrota, Francia podía concertar alianzas con Rusia y acuerdos con Inglaterra.

El Tratado de Versalles fué impuesto a Alemania por la democracia encarnada en los países de la «entente». Pero una democracia que ha concebido semejante tratado no puede ser más que una democracia ávida, corrompida; *«una democracia que, al decir de Lloyd George, se presenta como un Bayardo y otra como Shylock, incapaz para concebir otra forma de lucha que la violencia y la intriga»*.

(La falta de espacio nos impide empezar a analizar, en este número, las 101 imposiciones del tratado. Lo haremos en el número próximo.)

A nuestros lectores

Teniendo en cuenta que todas las ediciones de nuestro periódico se agotan apenas salen de la máquina, les rogamos tenga a bien remitirnos su dirección, a fin de tenerla presente para la remisión inmediata regular de nuestras publicaciones. La correspondencia y pedidos de propaganda deben ser dirigidas al administrador de LA IDEA.